

La intervención institucional y la muerte. Y después del diagnóstico ¿qué?

Lore Aresti de la Torre

Roberto Manero Brito

*Raúl Villamil Uriarte**

HACE ALGUNOS MESES, Raúl Villamil, quien desde hace más de siete años ha realizado trabajos académicos con diferentes grupos en el estado de Durango, logró consolidar con algunos grupos de ese estado, tres encargos de intervención. Estos encargos fueron atendidos en compañía de Lore Aresti. Asimismo, Roberto Manero había trabajado con ellos algunas cuestiones en torno a los dispositivos de intervención.

Estos encargos de intervención —que detallaremos más adelante— se referían a un grupo de maestros rurales de la Sierra Tepehuana, un grupo de educadoras de pre-escolar que querían trabajar sobre el maltrato infantil, y un grupo de profesores y estudiantes de una universidad particular, que querían un curso sobre la temática grupal, impartido por especialistas del centro del país.

Raúl Villamil y Lore Aresti se desplazaron a Durango, donde realizaron las intervenciones demandadas.

El regreso del *staff* *interviniente* no necesariamente marcó el fin de la intervención. Los dispositivos de intervención y de formación, especialmente en torno a las temáticas sobre las que giró la primera, producen continuas interferencias. El Seminario de Investigación del Área de Concentración en Psicología Educativa, de la licenciatura en Psicología de la UAM-Xochimilco, fue el contexto donde se actualizó y se reflexionó sobre el suceder de la intervención en Durango, a raíz de la visita de uno de sus protagonistas.

Más allá del relato de las intervenciones realizadas, del clima que se expresa en la narración, vale la pena, desde nuestro punto de vista, cuestionarnos sobre el *recorte* o, mejor dicho, el *relevamiento* de lo obser-

* Profesores-investigadores. Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

vable, de lo que elegimos denominar como *terreno* o campo de intervención.¹ Y lo planteamos de esta manera porque dicho recorte parecería ser uno de los datos *inmediatos*, incuestionables por su propia empiria. Creemos que este estudio puede mostrar los múltiples sentidos, los dinámicos procesos de *significación* que ocurren y se ocurren a partir de acercamientos y alejamientos sucesivos en nuestro campo de experiencia.

Tres intervenciones que pueden ser un solo proceso —en el discurrir y en el devenir del *staff* *interviniente*. Se trataría aquí de *las intervenciones en Durango*. Relevamos, entonces, esas redes invisibles que tocan las experiencias de la resistencia bien pública a una descuidada política de la SEP frente a maestros rurales, divididos éstos a su vez por lo que sospechamos son ya múltiples y muy largos procesos de división de su propio gremio, con la experiencia íntima y terrible de la muerte inminente, de una sentencia médica que coloca a su víctima frente al umbral del sentido frente al vacío de la muerte. Un solo proceso con múltiples deslizamientos.

Pero, por otro lado, se podría plantear a la inversa: tres procesos que pueden ser una sola intervención. Una intervención apenas imaginable, que une las experiencias del sinsentido burocrático, la angustia por el maltrato a menores, y la inminencia de la muerte. Es evidente que el eje del análisis se torna la propia sordidez de la violencia. Violencia de la burocracia, del poder médico y de la familia, delimitando los procesos posibles de significación.

Configuración del campo de intervención

La idea es pensar la noción de *campo de intervención*² desde por los menos tres metáforas: como campo, como dominio y como terreno, para hacer inteligible lo que sucedió en cada una de las tres intervenciones que se llevaron a cabo en un periodo de nueve días (del martes 11 al jueves 20 de abril del 2000), y en general desde la continuidad de todo el proceso, justo antes de la Semana Santa en el estado de Durango, en la sierra Tepehuana y en la ciudad capital.

¹ Nociones que trabajaremos más adelante.

² Utilizamos la noción de *campo de intervención* en el sentido del Análisis Institucional y el Socioanálisis (cfr. Lourau, R., *El análisis institucional*, Amorrortu, Buenos Aires, 1970).

La metáfora de pensar al terreno como campo nos permite retomar a Kurt Lewin³ en torno al problema de los vectores, fronteras y resistencia que las minorías ponen en escena ante la hegemonía de la institución escolar en situaciones extremas. El concepto de campo es, en primer lugar, una metáfora campesina. El campo tiene delimitaciones espaciales precisas, se encuentra *cercado*, y su *extensión* es plenamente accesible a la mirada. El campo, así, delimita claramente, en la metáfora, un aspecto propiamente disciplinar, la forma en la cual el conocimiento divide *áreas* de interés y de injerencia.

El concepto de dominio nos remite a las ciencias sociales y a las formas que la realidad impone al pensamiento disciplinar. Los procesos de la realidad impusieron, en la lógica del desarrollo del pensamiento científico, un límite a una división de la realidad que tuvo que ver con las representaciones o, más precisamente, con las significaciones sociales imaginarias que los sujetos podían crear para comprender el mundo. La educación, los procesos imaginarios, las formas propiamente hipercomplejas descritas por Morin mostraron en poco tiempo las limitaciones del pensamiento analítico y disciplinar. Surge así la necesidad de agrupar, asociar y conjugar conocimientos adquiridos en torno a problemáticas recurrentes, configurando *dominios* de conocimiento que no pueden confundirse con el conocimiento disciplinar tal como lo conocemos.

Por último, la noción de terreno, también metáfora campesina, nos remite más a una *extensión* perceptual, que procede de una comprensión distinta del campo de intervención. Hablar del terreno es, sobre todo, hablar de *procesos*, desarrollo de relaciones entre las personas y los colectivos, que pone en primer lugar una *dimensión temporal* (todo proceso se da más en el tiempo que en el espacio). La noción de terreno nos remite a una "profundidad" histórica, a las formas en las que se sedimenta la experiencia social en la memoria colectiva, y esto conlleva la idea del *ritmo*, de la *velocidad*, pero sobre todo, la idea de *significación* y de *sentido*, compuestas desde una lógica de la *elucidación* de objetos complejos y *opacos* de la realidad. De allí que los procedimientos privilegiados para su conocimiento son de carácter hermenéutico y clínico.

En el contexto de los procesos de intervención, el terreno nos propone una fuerte reflexión sobre los límites del establecimiento en donde se lleva

³ Cfr. Lewin, K. *La teoría de campo en la ciencia social*, Paidós, Buenos Aires, 1978.

a cabo dicho proceso, que pretende perturbar las condiciones de la institución para producir análisis.

Desde estas referencias, la lectura del campo de intervención delinea una problemática altamente compleja, con el reto de ver tres recortes en el tiempo como un proceso.

El ritual de paso

El primer sistema de demandas de intervención fue pactado con el maestro en Administración Institucional Alfonso Terrazas, encargado de la formación de profesores rurales de la Sierra de Durango, que nos propone la realización de una intervención institucional “dura” con un grupo de 60 profesores de todas las regiones de la Sierra. La intención es plantearles la necesidad de formación para su labor y trabajar los conflictos a los que se enfrenta una nueva gestión de las autoridades, entre las que se encuentra él que además es nuestro amigo. A esto, respondemos que no vamos a ser sus cómplices, y si quiere caer de pie en el grupo que va a coordinar tiene que ganarse su lugar de nuevo directivo. Él lo acepta sin mayor problema, diciéndonos que precisamente por eso nos contrató.

El staff cliente está, en este momento, representado por directivos de la SEP que inauguran el evento y desaparecen rápidamente. Este proceso se desarrolló en la Sierra, en un parque de montaña llamado El Tecuán, a dos horas de la ciudad de Durango.

El primer momento de la intervención sobre terreno fue literalmente un proceso ritual de iniciación en una dimensión de tiempo inmediato. El grupo y el terreno reaccionan y nos ponen a prueba, dándonos el mensaje: “a ver si realmente la vamos a aguantar”. Es menester mencionar que la iniciación se dio para ambas partes. Para el staff y para el grupo de trabajo.

Del paratso de los niños al infierno del hostigamiento sexual infantil

El segundo campo de demandas de trabajo nos lo refería el mismo profesor Alfonso en términos de una plática con un grupo de 20 educadoras de pre-escolar, a partir de la necesidad de formación y sensibilización en su

trabajo con niños. Según el profesor, las educadoras no le encuentran sentido a su labor pedagógica, por lo que nos pide un curso intensivo de un día para que ellas puedan plantear sus problemas en términos de su quehacer profesional. Esta sesión se realizó en la ciudad de Durango, el día siguiente de nuestra llegada de la sierra. Las educadoras se mostraron muy movilizadas con las situaciones laborales tan precarias en las que llevaban a cabo su labor, y sobre todo con los problemas de maltrato infantil a los que se enfrentaban.

Cabe decir que desde el inicio tales demandas se nos planteaban como demandas separadas. Es decir, la intervención en la Sierra era una demanda específica para el coordinador y la plática con las educadoras estaba dirigida a Lore. *A lo que respondimos como un staff de intervención que tenía varias demandas de trabajo dentro de un mismo proceso de intervención con la presencia de ambos (Raúl y Lore).*

La pedagogía de la muerte

El tercer dispositivo de intervención nos demandaba la elaboración de un seminario sobre grupo operativo para la Maestría en Investigación Educativa del Instituto Anglo-Mexicano, demanda que nos hace llegar la directora del Instituto, con una participación de 24 estudiantes provenientes de distintas orientaciones profesionales. En este caso se trata de una institución privada que intenta plantearse una opción diferente de educación superior. Institución educativa dentro de la cual trabaja como docente Rolando, ex-alumno de uno de los integrantes de la coordinación y marcado en los últimos dos meses por el diagnóstico de cáncer.

Esta situación se convirtió en un analizador que recorrió todo el proceso de intervención, pues nos condujo inevitablemente a pensar sobre los procesos educativos y la mutilación que operan sobre la idea de muerte: en este caso, de la posible muerte de un profesor.

Los tres momentos de intervención se despliegan en un campo de complejidad fuertemente impactado por la brevedad del tiempo y por los encargos que se definían de cada una de estas empresas.

Pero como ya lo señalamos, un elemento central en el campo de significación durante el proceso intervención, es un diagnóstico médico sobre la posibilidad de muerte de uno de nuestros compañeros fuertemente

implicado en la tercera intervención y en el tiempo simbólico que constituía el imaginario social que caracterizaba todo el proceso: desde la idea de ir a Durango, aterrizar en el estado, ver a Rolando y trabajar intensamente tres distintos momentos de intervención.

En nuestra subjetividad, todo esto era algo así como un ritual que pudiera exorcizar el mal del cáncer, que proyectamos en algunas ocasiones sobre las intervenciones mencionadas, cuando el imaginario de la enfermedad nos llevaban a hablar del mal, de sus productos y de los quistes que se desarrollan apresuradamente en los vínculos colectivos, como un análisis del cáncer que afecta a las instituciones altamente burocratizadas, a la manera de Jean Baudrillard cuando habla de la metástasis de la sociedad, como una noción que ha sustituido a la de metamorfosis.⁴

Así, los ejes que motivan este escrito son la diáda institución educativa y la noción de muerte social e individual. De esta manera, se trabaja en la perspectiva del abandono y marginación a la que están sometidos muchos grupos de profesores rurales, así como la parálisis que provoca el miedo que manifiestan las educadoras cuando apenas expresan su estupor ante la violencia, el maltrato y el hostigamiento sexual al que son sujetos los niños de pre-escolar con los que trabajan. O cuando el campo de sentido se define en el tercer momento de la intervención bajo el supuesto de que un profesor, que fue nuestro alumno y que ahora es integrante del staff de intervención, *se puede morir*.

La institución escolar es la práctica de formar mediante el silencio y la evasión la idea de muerte. No existe nada parecido en la escuela a una formación para hacerle frente a este momento. Pero no en el sentido de enamorarse de la finitud, sino en términos de inventar permanentemente la vida, sobre el entendido de que todos nos vamos a morir y esto constituye la principal pedagogía.

Y después del diagnóstico ¿qué?

Una llamada telefónica inicia el proceso de imaginar los distintos momentos de intervención, con una narración que nos interroga frontalmente, que invita al combate, a la lucha, a la provocación, a la necesidad de re-

⁴ Cfr. Baudrillard, J., *La transparencia del mal*, Anagrama, Barcelona, 1991.

sistirse ante la muerte. Reconozco inmediatamente la calidez de la voz que se encuentra en la línea: ¡Carnalito!

—¿Cómo estás?... el Rolas tiene cáncer, le sacaron una cosa rarísima del pecho... —Colgamos.

Esta llamada telefónica se ubica en el momento que se están finiquitando las condiciones de intervención de los encargos y demandas que nos plantean tres momentos distintos en nuestra visión de los terrenos de intervención. Al mismo tiempo que una pareja de nuestros amigos cercanos de la ciudad de Durango pasaban por un momento difícil, como familia, con respecto a uno de sus hijos.

Raúl ve a Lore. Le cuenta el tono y la intensidad de la llamada. Se conmueve. Le dice vamos. Raúl, a sabiendas de que Lore no se negaría, se lo iba a pedir “como cuates”, porque intuía que le interesaba la demanda. El pretexto que paralelamente aparece es una demanda de intervención que les hace llegar Alfonso Terrazas, para trabajar con educadores de la Sierra, cuestión que se conecta paralelamente con otra petición de una escuela privada para la formación de coordinadores de grupo. Ante la configuración de este campo de sentido, el miércoles 12 de abril del año 2000 Lore y Raúl viajan a Durango.⁵

Convencer a Lore de ir en esas fechas a Durango fue difícil, por sus múltiples ocupaciones y actividades. Ya en el avión Raúl le hizo saber el sentido de la demanda de trabajo en Durango por parte de Alfonso y por parte del Instituto Universitario Anglo-Español, en lo que toca a la maestría en Educación.⁶ Pero allí ya aparece una demanda implícita, dirigida a Lore y vehiculizada en esta ocasión por Raúl, para que trabaje con Rolando la situación por la que está pasando después de un diagnóstico de cáncer.⁷

⁵ Es conveniente señalar que a este relato corresponde un correlato que intentaremos ir proponiendo en notas a pie de página. En este sentido empezaremos por plantear que todos los actores mencionados en un principio son fundamentalmente amigos, a pesar de que también hemos compartido relaciones de maestro-alumno y de grupo político de intervención institucional, durante un periodo aproximado de 7 años. En ese tiempo, de una u otra manera hemos hecho intervenciones en el plano de los grupos y de las instituciones en muchas facultades de la Universidad Juárez de Durango.

⁶ Cabe señalar que este Instituto antes se hacía llamar Universidad Mexicana. ¡Ojo!

⁷ No puedo relatar exclusivamente el caso de Rolando aislándolo del momento de alta densidad histórica en el que se articulan y se repelen diversas temporalidades individuales, grupales e institucionales, por lo que resulta necesario para la explicitación del proceso recuperar

No obstante, Raúl y Lore se preguntan durante el viaje: “¿a qué carajo vamos a Durango, si la paga es poca, nos tenemos que desvelar para madrugar, estamos con sueño y con la duda de si valdrá la pena?” En la paradoja de que están convencidos de que lo que suceda, sea lo que sea, podría ser interesante, lo que en sí mismo ha constituido un paradigma de conocimiento que hemos construido por la experiencia de intervención sobre terreno.

El relato de la intervención en el terreno⁸

Llegamos a Durango cerca de las 8.15 de la mañana, cansados, con ganas de dormir y con hambre. Alfonso nos esperaba en el aeropuerto. Lore lo identificó inmediatamente con su humor característico: “¡mira nada más que guapo!” Nuestro carnal el Poncho vestido impecablemente de funcionario. Cabe mencionar que con un vestuario bien elegido para el rol. Nos abrazamos y nos besamos, acto seguido nos encaminamos a la Sierra, como agua va, a pesar de la petición de Lore de desayunar algo antes de llegar, petición que fue ignorada abiertamente por nuestro conductor amigo. Nos fuimos encaramado poco a poco a la Sierra por esa serpiente escarpada que es la carretera. Alfonso nos iba precisando la demanda:

—Es un grupo duro que marca en cierto modo las características regionales: duros en sus convicciones, algunos de ellos muy reacios a todo tipo de cambio, que asumen posturas de enfrentamiento directo.

Nos dice Alfonso que acaba de ser nominado para el puesto y quiere saber como está la cosa, para eso los traje.

De alguna forma nos pide una evaluación, un ritual y una purificación, a lo que le respondemos que “no somos priístas”, que no venimos a apoyarle incondicionalmente. Le hacemos saber que va a tener que estar pre-

los textos, los intertextos y los fuera de texto que se produjeron durante el trabajo de intervención de una semana intensiva. Intervención que resonaba en la que la pareja, en la familia, el grupo, la institución, la marginación, los desviantes y el Estado, se encuentran permanentemente presentes en la dinámica de la experiencia de la coordinación que formaron Lore, Rolando y Raúl en diferentes momentos de la situación, lo que dibuja y desdibuja diversos campos de sentido. Cuestión a la que se hará referencia más adelante.

⁸ Redactado desde la perspectiva de Raúl.

sente, y en el caso de que se abra la oportunidad para que se juegue el liderazgo de un grupo, sólo él puede ganárselo.

—Sí, lo sé, por eso los contraté... 9.20 am.

—Oye, la Lore tiene hambre...

—Allá en el Tecuán hay desayuno, nos están esperando.

La carretera entre las montañas de peñascos era el territorio y el clima que, sin sentirlo, configuraban el campo de intervención que ya nos empezaba a emitir respuestas de terreno, que nos perturbaban porque empezamos a transitar por el mito de que estábamos controlando la situación, pero la intervención, efectivamente, *nunca estuvo en nuestras manos*.⁹

La intervención en la sierra (o la respuesta de terreno)

EL PRIMER DÍA

Llegamos a un parque boscoso, en una de las montañas de la sierra llamada El Tecuán. Al entrar vimos a algunos participantes del proceso de intervención jugando basquetbol. Al parecer era como un comité de recepción que estaban ansiosos de saber quiénes y cómo éramos. Fue nuestro primer encuentro con la gente. Después supimos que conformaban un subgrupo de maestros de Gómez Palacio, Durango.

Nuestro siguiente indicio en el trayecto apareció con una maestra meciéndose en una hamaca al rayo del sol, que en la medida que nos vamos acercando al centro de reunión nos dice, ayer estuve a punto de morir de frío, se me congelaron los pies, por poco me da hipotermia. Al momento pensamos que exageraba. Seguimos caminando hacia el centro de la reunión, entre los participantes del evento. A un lado podíamos observar las viandas del desayuno frío, del otro lado la impaciencia de las autoridades que eran nuestro *staff cliente* para dar inicio a la inauguración de un ritual de pasaje institucional y salir rápidamente del parque hacia la ciudad.¹⁰

⁹ La controversia en torno al control del especialista sobre la situación a intervenir nos conduce a pensar la prepotencia del especialista que le confiere el método, cuando la realidad se comporta exactamente como se le da la gana. Existe la ilusión que los investigadores depositan en el objeto de investigación de que debe comportarse como lo prescribe la teoría.

¹⁰ De entrada se habían pactado ciertas fechas que la SEP no pudo sostener. Ante la premura, las instalaciones que se consiguieron fueron los albergues de la sierra, con todas las inclemencias climáticas que esto engendra. A la gente se le había prometido otro tipo de hospedaje.

Después comprobamos en carne propia nuestra falta de atención a los datos que ya nos estaba proporcionando el terreno.

Lore tenía hambre, quería desayunar. Cuando llegamos, un grupo de meseros cargaba en una camioneta los alimentos que habían ofrecido los cocineros como desayuno, especialmente contratados para el evento planeado para cuatro días.¹¹ Nos ofrecen alimentos. Comemos un poco, con la promesa de ir más tarde a desayunar con Alfonso a otro lugar de la sierra. Empieza la reunión. Los funcionarios inaguran el evento, se retiran, empiezo a entender la prisa que tiene Alfonso por subirnos a la Sierra: no hacer esperar demasiado a las autoridades. Me enojo y también noto a Lore *encabronada*.

Estamos en la reunión. Les pedimos que se presenten. Son cerca de sesenta personas las que conforman el grupo de maestros rurales, que trabajan en la región más difícil de la Sierra. Empiezan a presentarse con la consigna de que cada quién sabe en qué momento tiene que presentarse. De pronto, una mujer de La Laguna rompe el orden aparentemente azaroso de presentación y propone una presentación cruzada, en donde un compañero presente al otro y así hasta que entre ellos todos son presentados por otros.

Todos acaban por presentarse, pero desde el inicio de la sesión notamos mucha resistencia de un subgrupo, que se colocó de manera concentrada en un rincón de la cabaña en la que se llevaba a cabo la reunión. Hacemos la propuesta de trabajo¹² ante la queja de que no se les informó con tiempo de la reunión, que no les llegó bibliografía, que las películas no se habían podido conseguir y que no saben para qué los convocaron. Lo anterior se expresa por parte de un sector mayoritario de la asamblea con mucho enojo y resentimiento.

¹¹ Estos días son considerados por los maestros como vacaciones, ya que están muy cerca de la Semana Santa. Por ello, de entrada había ya un clima de enojo, al tener que asistir obligatoriamente a la intervención en estas fechas. Además de lo que se sigue relatando.

¹² La propuesta de trabajo se planeó para un recorte en el tiempo y en el espacio de 4 días, en la que se diseñaron dispositivos de trabajo en subgrupos, en asamblea general, películas, mesas de discusión temáticas y participaciones individuales, para detectar algún signo, alguna huella, algo que a partir de un fragmento de la cultura y de la psicología del grupo nos permitiera primero hacer inteligible los conflictos y luego tratar de pensarlos en conjunto. Poco, muy poco de lo imaginado y de lo planeado de antemano, antes de la reunión y del encuentro, antes de mirarnos cara a cara, realmente se cumplió.

Empezamos a negociar con los presentes nuestra propuesta, además de decirle a Alfonso abiertamente que tenía que conseguir la bibliografía y que aclarara que si le enviamos con anticipación el programa por qué el grupo no lo había recibido a tiempo.

Después de una hora treinta minutos aproximadamente de discusión, los grupos en tensión en la asamblea, no logran ponerse de acuerdo en cuanto a la forma de trabajo y al ¿para qué? de la reunión de cuatro días. A propuesta de Lore nos salimos de la reunión, con la idea de que pudieran discutir sus propuestas sin nosotros. Estuvimos fuera de la asamblea durante más de tres horas, hasta que regresamos a ver cómo íbamos a trabajar con ellos.¹³

Durante un momento la asamblea parecía hablar, plantear sus confusiones, e-nojos y demandas. Se alcanzaban a esbozar algunos liderazgos, que en voz de algunos sujetos empezaban a subir de tono la ansiedad y la llamada *calma chicha*. De pronto, el subgrupo que rompe la lógica de la presentación al azar que les propusimos en un inicio, ubicado en una de las esquinas de la cabaña, refutaba todo, aplastaba a los demás, invalidaba la reunión hasta el extremo de decir que no valía la pena ni siquiera como acontecimiento humano, por lo que se mostraban abiertamente como un subgrupo que no quería negociar nada con nadie. Lore y yo habíamos hecho el pacto estratégico de dejarlos hablar. Pero en un momento Lore retoma la lectura de provocación y de incitación a la violencia del subgrupo referido y monta un dispositivo de provocación alucinante. Me dice al oído:

—Mira maestro, a pesar del pacto de no violencia y de no provocación que hicimos allá afuera, estos cabrones se están pasando.

Acto seguido, se pone las manos en jarras, camina decididamente hacia ellos y les dice, poniéndose una silla entre las piernas a la usanza vaquera y entremetiéndose las faldas entre las piernas...

—Bueno maestros ustedes qué traen, ya nos salimos para dejarlos discutir a solas, para que nos hagan una contrapropuesta de trabajo, pero ustedes sólo quieren atemorizar y ofender a todos los demás que intentan plantear alguna cosa para salir de esta bronca; si yo fuera una mujercita sumisa y sometida me daría miedo. Agacharía la cabeza y me iría corrien-

¹³ El proceso de intervención hasta ahora estaba enfrascado en la pregunta de a qué habían venido ellos y a qué nos habían llamado a nosotros, por lo que la polémica estaba centrada en sus demandas y en nuestras contrademandas.

do. Pero conmigo ni madres, maestros, aquí se chingan, yo no soy una mujer sumisa; es más, soy una mujer fálica, así que si quieren hablar de cabrón a cabrón, vamos a llegar a algún acuerdo.¹⁴

Después de este enfrentamiento la situación grupal cambió.¹⁵ La otra parte de los participantes se hizo cargo de lo que estaba por venir, tomaron en sus manos la discusión y por primera vez en la historia reciente de este dispositivo se trabajó sobre la posibilidad explícita de fractura, de plantear diferencias de postura y de proyectos entre los diferentes subgrupos, de ponerse a trabajar las coincidencias y la posibilidad de excluir a otros, en una fuerte discusión muy acalorada. Después vino una pausa que nos mandó a todos a reflexionar en el descanso de la comida.

RECESO

Nos fuimos con Alfonso a comer a un pueblo vecino entre las montañas de la Sierra Tepehuana, como a media hora por carretera. Platicamos nuestras impresiones y tratamos de que Alfonso pudiera especificar el sentido de la intervención, el que se había imaginado. ¿Cómo se le ocurrió?, el porqué de la necesidad de provocarlos, de confundirnos con el grupo para hacerlos hablar y para que el terreno nos colocara en el universo simbólico de sus demandas y a su vez, nos hiciera hablar. Hablamos de la estrategia que nos proponíamos para la sesión de la tarde y del clima de ansiedad por el que pasamos. Regresamos a la sesión y le pedimos a Alfonso que se quedara en el grupo, a lo que nos respondió que tenía un compromiso en Durango y que no podía quedarse. Nos “encargó” con una de las maestras participantes en la reunión que era organizadora del encuentro y se fue.

¹⁴ Me parece, desde mi colocación como observador en esta escena del drama institucional, que aquí la situación de grupalidad se evidenció en sus múltiples fracturas y reciprocidades, en un sistema de intercambios colectivos solidarios y de enunciación de ciertas claves para la guerra entre subgrupos por el poder. Ambas condiciones, solidaridad y resentimiento, estuvieron presentes en diferentes momentos de la reunión.

¹⁵ Un dato interesante y muy perturbador, es que en el momento en que Lore asume esta posición de hembra masculina, tres mujeres, profesoras, militantes, se salen de la reunión y se ponen a caminar por las montañas, así como si no fueran a ninguna parte, como perdidas. Fui por ellas a la montaña y las regresé al grupo, después ellas serían algunas de las principales protagonistas del evento. Fue muy inquietante la reacción de estas mujeres ante la actuación de Lore.

Más adelante veremos el papel protagónico de la que se queda en el lugar de Alfonso.

LA SESIÓN DE LA TARDE

Hablamos de la demanda que se nos formuló, así como de lo poco que acabábamos de entender del encargo que se nos depositaba, de cómo un staff contratante se imagina una intervención y cómo nos remite a lo que estábamos pensando de todo esto. Tratamos de plantear nuestra postura ante el trabajo de intervención que se nos encargó y les preguntábamos su opinión. La tarde terminó con la conversación grupal en torno a la labor de los maestros rurales y a los obstáculos propios de la región, a sus determinantes geográficos y a los atavismos culturales para llevarla a cabo. La discusión se encaminó a los riesgos y las tentaciones que el narcotráfico les proponía a ellos como maestros, so pena de poder ser asesinados ellos y su familia en caso de no aceptar.

En este tópico el lugar de los niños para los educadores de las montañas era especialmente difícil. Los niños develaban para ellos una práctica docente sensible a las experiencias que tienen que vivir estos chamacos que son sus alumnos.¹⁶ Ante las demandas del grupo sobre nuestra práctica, Lore habló de la casa en Acapulco, en la que se da hospitalidad a los pacientes terminales y personas anexas a éstos. Les enfatizó la importancia del uso de las condiciones locales del terreno, que en el caso de Acapulco eran el mar, la noche, las estrellas, la soledad, la meditación y una cierta abstinencia del mundo de los excesos para permitir a los sujetos una intromisión con su enfermedad y con su aceptación.

En mi caso, me dediqué a tratar de provocarlos en cuanto a su labor, a sus convicciones ideológicas y en cuanto a su formación académica. Para mí resultaba realmente aburrido su discurso militante con tufos de izquierda ultraconservadora. Me dediqué a preguntarles de qué hablaban. Sin sentirlo nos ganó la noche. Empezamos a tener frío. Como una espe-

¹⁶ Algunos maestros nos comentan que tienen que llegar a las comunidades de la sierra Tepehuana después de dos o tres días de camino a pie, en caballo o en burro. Que muchos niños llegan a la escuela después de siete u ocho horas de transporte por los medios arriba descritos. Lo curioso es que llegan armados, pues sus padres les dan las armas para que se defiendan en el camino. Lo perturbador es que para entrar a clases tienen que dejar sus armas fuera del salón de clases.

cie de premonición, quisimos ir a hablar por teléfono, pero los intentos fueron fallidos. En uno de éstos, nos quedamos atorados en una subida en la carretera. Era una curva, lo cual daba la idea de riesgo, pues los camiones cargados de troncos de árboles, bajan a velocidades muy superiores a lo que pueden controlar y nosotros estábamos a la deriva. Por un momento nos conmovíamos ante la idea de que podíamos morir atropellados en un lugar de la Sierra Tepehuana.

Era hora de cenar y dormir. La encargada de la organización se empeñó en que durmiéramos en las barricadas en donde se hospedaban los sesenta participantes, a lo que nos negamos con el argumento de que queríamos descansar y comentar sobre el trabajo del día. Además, traíamos de 18 a 20 horas de trabajo sin tregua por ese día, ya que habíamos trabajado la intervención casi desde el momento en que nos fue encargada (dos meses antes). A regañadientes la encargada aceptó y reconoció que, de hecho, se nos había apartado una cabaña bien equipada que era propiedad del gobernador, la cual a última hora no se les proporcionó. Pero que otra opción era otra cabaña que se encontraba a 1 km. del lugar, a la cual nos transportaron en una camioneta, en la noche. Durante el viaje nos perdimos por cerca de una hora, tiempo en que nos empezamos a percatar de la orfandad e indefensión que nos invadía. Lore comenta que se siente en medio de ningún lado rodeada de gente que no conocemos. Que nos pueden asesinar en el monte sin que nadie se entere. Todos reímos nerviosamente con el humor de la incertidumbre. Obviamente, esta visión catastrofista presagiaba otra escena.

Llegamos a la cabaña, nos acompañaba un amigo de Alfonso, que se volvió entrañable para nosotros. Bajamos de la camioneta. Nuestros conductores se alejaron. No había agua, ni cobijas, ni combustible, menos aún algún dato de hospitalidad. El terreno y la maestra encargada de nosotros nos la cobró caro. Pasamos una noche de mucho frío en el centro de la sierra. Tuvimos que bajar las cortinas, buscar manteles y otros enseres de tela que nos hicieran menos cruda la noche. Recordamos el primer recibimiento de la compañera en la hamaca, que nos advertía del riesgo de una muerte por congelamiento, comentario que consideramos fuera de lugar y un poco exagerado. Al otro día ya sabrán. Nos encontramos a la maestra organizadora y nos dijo: —ya ven, se los advertí, aunque yo pensé que sí había cobijas y servicios en la cabaña. Pero en el fondo nos culpó por la impertinencia de no dormir en las barracas con ellos.

EL SEGUNDO DÍA

Nos amaneció después de una noche de perros. Empezábamos a entender el recibimiento que nos hizo la maestra en la hamaca cuando nos comentó que por poco se muere de hipotermia. Esa fue mi fantasía toda la noche, cuando me atravesaba un río de aire polar entre la espalda. Es curioso el advenimiento de un universo simbólico que toma forma concreta en la experiencia del equipo de intervención. La transmisión de la experiencia que de entrada nos previene del lugar que estamos pisando. Nos bañamos en las barracas que hospedaban a nuestros compañeros, pero ya hasta el último, cuando en mi caso estaban bastante sucias, pues el conjunto de sus inquilinos habían tomado su baño. Un profesor muy atento intentó limpiar el lugar, lo cual agradecí sinceramente. Después, nuevamente la reunión, la guerra interior, los grupos en sus trincheras, un cierto malestar y mucho miedo.

Les platicamos nuestra experiencia nocturna, lo que pensábamos, nuestro malestar y la respuesta de terreno que nos pasamos analizando toda la noche. Decíamos —¡Qué cabrones! El conflicto se dibujaba desde varias expectativas corporizadas en la relación chilangos-norteños, era la respuesta ante una intervención del centro en conflictos regionales. Y, por supuesto, la expresión de un clima cargado de sentimientos xenofóbicos. Todo esto era explícito en la sesión.

El grupo pedía la intervención de su próximo jefe, en la convicción de la pluralidad que promete la democracia. El representante institucional de la demanda de intervención tenía que estar ahí, comunicarse con los que le dan sentido, exponer los motivos que lo llevaron al puesto, hablar aunque fuera entre líneas precisamente de sus entrelíneas. No podemos asegurar que esto realmente se logró, pero la experiencia colectiva fue muy interesante por las vetas de análisis que dejó entrever.

Por un lado, se manifestó abiertamente la abigarrada red burocrática que opera en el sistema educativo de la región, sus contrasentidos y corruptelas. Cuestión que básicamente es producida por la insensibilidad de las autoridades de la SEP, las cuales desconocen el fondo del problema educativo y lo peor es que no les interesa. Se tiene la idea de que los puestos en la SEP son para tener plataforma política.

RECESO

Les pedimos que en pequeños grupos trabajaran su proyecto educativo para rescatar su práctica docente. En la comida pensábamos sobre la posición resistencial del grupo de la Laguna. Su permanente oposición a pesar de que algunos de los integrantes de este grupo cambiaban de opinión y querían negociar con los otros subgrupos. Decidimos tratar de ocupar una posición de escucha flotante y que el grupo nos señalara el campo de sentido de su elaboración, para darnos una idea de cómo intervenir.

LA SESIÓN DE LA TARDE

Aquí se decide el tiempo de duración de la intervención que intenta cercar y marcar la experiencia. Se plantea quitarle un día a la programación oficial, cuestión que se usa como un buscapiés al nuevo director, y que aceptamos inmediatamente. Las nuevas autoridades lo asumen con el discurso de: “¡bueno, si le dedican su mejor esfuerzo a estos tres días a trabajar y a esclarecer sus conflictos, podemos dar por concluido el viernes en la mañana en lugar del sábado al medio día.”

Ante este clima, se hace otro intento por parte de los diferentes subgrupos como para integrar y regular a la oposición más radical —el subgrupo de la Laguna. Suponemos que en otro momento esta facción fue respetada, pero ahora se le teme y con el aval de personas de afuera, los enfrentan y los devalúan como subgrupo, colectivamente. El enfrentamiento es feroz. Se dan con todo. Las armas son desde las más vulgarmente devaluatorias hasta las más irónicas. Se confrontan formas de acción, el proceso socio-histórico de puesta en escena de los conflictos aparece con todo su esplendor, el grupo trabaja sobre la diversidad y sobre la fractura que por años ha producido la inercia. Se proponen nuevas alianzas, aunque en lo concreto, para el grupo, esto no tiene cabida, ya que —dicen— falta por llevar a cabo muchas estrategias y procesos. No obstante, el grupo opera un cambio en el universo simbólico de la rutinización de la vida cotidiana. Pone en entredicho un paradigma, el de la vía de la violencia como única forma de transformación de la realidad, ejerciéndola. Sentimos que los vínculos colectivos se encontraban afectados por esta paradoja.

Lo anterior nos llama la atención en términos de lo que podemos llamar la violencia institucional del Estado, como el imaginario de la gran amenaza y de la provocación de incidir en la vida del sujeto. El grupo intenta una contraviolencia verbal que es en sí misma una forma de acción de desmontaje del discurso dominante del poder. Aquí el lenguaje y su forma de significación de la experiencia constituye la síntesis del proyecto del sujeto y de su vínculo con el grupo. Aunque en el fondo el sistema de redes colectivas pasa por la confusión ante el marco institucional de la SEP. La violencia en este caso se enfoca al subgrupo de La Laguna de Gómez Palacio, Durango. Al parecer, la situación de paradoja es la que analiza este momento del grupo, ya que el subgrupo satanizado ocupa el lugar de la institución educativa, léase la SEP.

Desde nuestra lectura, también era el momento de quedarnos callados como invitados externos, pues el trabajo grupal sobre las diferencias y coincidencias entre subgrupos nos dibujaba un panorama de intervención muy problemático. En un afán mesiánico, retomamos la discusión con el grupo de los más inconformes tratando de leer nuestra implicación en la violencia que se generó, pero el resto del grupo arremetió contra ellos y los colocó en el límite de negociar con las diferentes posturas de la reunión, a lo cual el subgrupo respondió que no le importaba y se mantenían en su postura de desmantelar hasta con la violencia extrema. El proceso que pudimos observar ante este clima de la reunión, fue el de una forma de rompimiento de los colectivos en consenso, con el subgrupo estructurado al estilo de una fraternidad terror tal y como lo propone J.P. Sartre. El elemento sacrificial está presente, y un subgrupo se propone como víctima propiciatoria y chivo expiatorio. Entran así en un espacio original de refundación del pacto colectivo de reciprocidad. La instalación del líder se vislumbraba como un acto institucional que apelaba a la voluntad de autodeterminación de la asamblea y al riesgo de nuevamente burocratizarse. La reunión vespertina se acababa con esta atmósfera de resignificación de la experiencia colectiva. El enfrentamiento de los distintos colectivos del grupo con los de la Laguna fue fuerte.

La oscuridad nos sorprendió con todos sus fantasmas y recuerdos de la noche anterior. Le pedimos a Alfonso que nos garantizara una habitación en Durango, aunque tuviéramos que viajar dos horas hacia la ciudad. El grupo improvisó una fiesta de despedida esa noche. No querían dejarnos ir, a pesar de saber del desgaste de nuestra condición física. Sin dormir,

cansados, parecería que nos trataban de iniciar en un ritual de pasaje en la fiesta, querían probar nuestra resistencia como un acto de enseñarnos en carne propia el sentido corporal y de segregación al que su sacrificio docente los lleva. Además, nos brindaban abiertamente su hospitalidad sincera. Nos sentíamos tan a gusto que no nos podíamos ir, pero nos abandonaban las fuerzas. Pensábamos en las dos horas hacia la ciudad y en la monserga de conseguir habitaciones.

EL TERCER DÍA

Al otro día regresamos después de dos horas de ida. De entrada, un subgrupo de educadores nos pidió una entrevista para una escuela sobre el proyecto de integración educativa que propone la SEP para los niños con necesidades educativas diferentes. Otro subgrupo nos invitó a trabajar a la Laguna. El subgrupo más resistente de la Laguna volvió a cuestionar la reunión en cuanto al mandato de la institución a que asistieran obligatoriamente en un periodo vacacional tan cercano a la Semana Santa. *Nos inquietaba lo que sospechábamos era un imaginario religioso que se instalaba en la subjetividad del grupo y en sus formas morales.* Algunos hablaban de la expiación de la culpa, del retiro para el arrepentimiento, de purificación de los cuerpos en la montaña. Los discursos interferían y denunciaban el campo de sentido en el que se emitió la demanda de la institución hacia nosotros y por el efecto de lo inesperado que provoca el acontecimiento en el tiempo y en el espacio en el que se llevó a cabo la experiencia.

La dimensión del imaginario religioso de la reunión, nuestra presencia como coordinadores del “retiro”, nos ponían a todos en evidencia el drama institucional que representamos desde los diversos papeles, jerarquías, maneras de pensar y cosmovisiones.

Los vínculos colectivos, entre otras cosas, pueden poner en cuestión los circuitos cerrados de información de un *ghetto*, sobre todo si esta forma hermética de sectarización del pequeño grupo en torno a la sociedad en su conjunto, se proyecta como una forma de intolerancia que recorre todos los estratos y capas sociales representadas al interior de la comunidad de maestros y educadores rurales.

En la asamblea anterior se había logrado que las reuniones finalizaran ese día, con lo que estuvimos totalmente de acuerdo. Teníamos la idea de que el grupo asistía a un ritual de purificación, para reparar la imagen que nos podíamos llevar de ellos. Nos trataron muy bien los diversos colectivos. Hasta podríamos decir que los más reticentes nos despidieron de buena manera, casi sin resentimiento. Pero ya se había operado un proceso de exclusión. Un movimiento de demarcación de los diversos subgrupos con respecto a la postura de los históricamente considerados como los más violentos. Intentamos volver sobre ellos en una necesidad del equipo de rescatarlos. Como si estuvieran en desventaja, como si realmente necesitaran de nuestra acción asistencialista-redentora. Nos confirmaron hasta el final que éramos chilangos y que no conocíamos nada de lo que ellos experimentaban.

¿Pero qué sujeto puede saber qué es lo que el otro realmente vive como experiencia?

La xenofobia en estas latitudes está a la vista de todos, a flor de piel. Muchos de los marcos de referencia están afectados por esta determinación, que no es sólo contra los chilangos, ya que ésta es la punta del iceberg; entre ellos mismos, el sistema de conflictos está fuertemente atravesado por los prejuicios en contra del color de la piel, por la calidad local del individuo y entre otras cosas por la condición de género.

Mientras que gran parte de la sociedad nortea mira hacia el norte del país como una de las formas de identidad, esto pone al descubierto un sistema de complejos verdaderamente espeluznantes.

La sesión concluyó con las propuestas de reunirse, de trabajar un proyecto que incida en el programa que la SEP tiene dispuesto para los profesores rurales de la sierra. Por su parte el nuevo equipo de autoridades quedó mandatado por la asamblea a escuchar sus planteamientos, a reunirse permanentemente con todos los subgrupos y a trabajar la idea que cuestiona el sentido de representar, pero fundamentalmente se pactó resolver problemas básicos que atañen a la cuestión del reconocimiento, de mejorar las condiciones para desarrollar su labor educativa. Lo que obviamente significa luchar por un incremento de su salario. El encuentro se dio por terminado. Tal vez todo esto fue parte de un drama que se pone en escena hasta el colmo del simulacro, de ellos y nosotros, pero si así fue ¿Qué es lo que nos hace simular?

Si en la simulación hay un nivel de verdad, de autenticidad del conflicto, entonces estamos hablando de la vida misma que se juega y se pelea en el campo laboral como en cualquier otra actividad que nos define como humanos. Ellos nos enseñaron con toda su fuerza esta obviedad.

Los compañeros poco a poco se fueron, estaban ávidos de sus vacaciones. Nosotros también, pero nos esperaban otras encomiendas. José Luis fue por nosotros. Nos estaba esperando con toda la calidez y hospitalidad que le caracteriza. Fue con sus hijos que nos plagaron de besos, algo muy tierno después de la conmoción afectiva por la que pasábamos.

El retorno a Durango

Maltratados, mal dormidos y cansados regresamos a la ciudad. No obstante Lore ya tenía varias cosas que hacer, entre ellas darle una entrevista a una mujer que le leyó el porvenir. Mientras ella estaba en esta situación yo me enclastré en un cuarto, quería dormir y descansar, en eso estaba cuando escuché un llamado que mencionaba mi nombre, salí del cuarto vi a un tipo con barbas que me llamaba, no lo reconocí, regresé a mi cuarto, pero inmediatamente me vino a la cabeza la imagen de Rolando. Salí, me disculpe y lo abracé —¿Qué onda güey?

La siguiente escena fue alrededor de una cama de hotel: Lore, Rolando y yo recostados platicamos sobre el cáncer, sobre la negación del miedo a morir y sobre la necesidad de ayudarlo. Las escenas que me inundaban tenían que ver con la intervención en la Sierra, con el cansancio, con la lucha por la vida, con nuestra encomienda original de venir a Durango a echarle una mano a Rolando, que entre otras cosas, a estas alturas, se había vuelto fundamental.

Rolando había asumido iniciar el trabajo el sábado con el grupo de la escuela privada, a petición de la directora, el cual se nos había encargado, pero la intervención en la Sierra nos traslapó las fechas. Mientras tanto, él se encargó de abrir el grupo, de hacer un sociograma, de alertarlos con las lecturas, de retomar su rol de autoridad educativa de la escuela, ya que él es docente activo de esa institución. En resumen, preparó el terreno, exaltando entre otras cosas nuestro origen chilango y nuestra formación.

EL DOMINGO

Durante la mañana teníamos acordada una demanda de trabajo con educadoras de pre-escolar, las cuales estaban alarmadas con la violencia intrafamiliar, la cual enmascaraba violencia y hostigamiento sexual a menores, entre otras cosas. La reunión estuvo rodeada de rasgos marcados de confianza de ambos lados. El encuentro se llevó a cabo en un clima de comunicación y de necesidad de hablar por parte de ellas y de nosotros. No pudimos concluir nada. Más bien todo quedaba abierto a una reunión en un futuro inmediato. La reunión fue un encuentro de dos ritmos sociales distintos que fructificó en preguntas sobre el quehacer de las educadoras en lo que se refiere a las situaciones que se originan fuera del currículo pero que afectan directamente la pedagogía del salón de clases. Las maestras se preocupaban por cómo tratar a los niños ante situaciones extremas. La mayor parte del tiempo lo discutimos. A nosotros nos conmovía su situación tan desventajosa en la escala de valores educativos. Hablamos con ellas de nuestra percepción y el tiempo de trabajo con las educadoras se terminó, ya que se había pactado medio día de reunión.

En la tarde, el grupo de la universidad privada nos recibió atrincherado. Era un hervidero de fantasmas. Colocaron las bancas en un rectángulo, pusieron las sillas dentro de este espacio y no nos dejaron ningún resquicio para entrar. La primera imagen fue muy interesante. Teníamos un paso pequeño que nos confinaba al pizarrón. Rolando nos contó lo que habían trabajado el día anterior, nos comentó las preguntas y lo que él consideraba las expectativas del grupo. Nosotros procedimos a entrevistar al grupo, para tratar de entender qué querían de nosotros, y nos encontramos ante la parte más institucional y oficializada de la demanda. Les pedimos que abrieran su formación defensiva. Lo hacen a petición nuestra. Nos dejan pasar. Sigue la reunión. Les damos información sobre el problema grupal desde el punto de vista de la psicología social, que trabaja los acontecimientos contemporáneos. Planteamos desde nuestro punto de vista la cuestión política de la grupalidad, de la resistencia comunitaria, de la problemática de la relación grupo, individuo, sociedad. Pero el aire que corre por el grupo es depresivo. Algo se guardan para sí mismos. Rolando es maestro del grupo, co-coordinador de la experiencia y amigo. Algunos saben que está enfermo y que se puede morir, pero es algo que se considera íntimo, personal, ajeno a lo grupal e innombrable. La sesión transcurre en

este panorama de lo indecible, nos vamos y les decimos que regresamos el lunes a las 10 de la mañana.¹⁷

LUNES

Lore se siente mal. Le pide a Rolando que ahora él la acompañe, lo que Rolando acepta inmediatamente. Me dejan solo con el grupo, mientras que la escena del acompañamiento transcurre con un cambio de papeles. Ahora es Rolando al que le toca acompañar a Lore.¹⁸

Llego a la reunión, informo que Rolando está enfermo y se puede morir. Trabajo el analizador que constituye la muerte y cómo recorre toda la institución de formación. Existe la posibilidad real de que un maestro de la institución se pueda morir de cáncer, el que a su vez fue nuestro alumno y ahora es co-coordinador. Su padecimiento recorre la estructura educativa en los diferentes papeles del proceso de enseñanza-aprendizaje, lo cual también nos acerca a la problemática del grupo con respecto a su institución de referencia, con la transversalidad¹⁹ que la idea de muerte nos denuncia.

La transversalidad es una dimensión que pretende superar las dos impasses, la de una pura verticalidad y la de una simple horizontalidad; tiende a realizarse cuando una comunicación máxima se efectúa entre los diferentes niveles y sobretodo en los diferentes sentidos. Es el objeto mismo de investigación de un grupo —sujeto.

Trabajamos toda la mañana información teórica. Nos remitíamos a los conceptos que se planteaban en los libros. El clima se enrarecía. Había una mujer que desde el principio lloraba y lloraba, antes de empezar la primera reunión lloraba. Le preguntamos el porqué de su estado. No

¹⁷ Es necesario en este momento recordar el trabajo que por “fuera” del grupo Lore lleva a cabo con Rolando, ya que desde que lo conoció empezó a trabajar intensamente con él. Las sesiones eran en la noche después de trabajar con el grupo, y se extendían hasta altas horas de la madrugada.

¹⁸ Se trata de una *inversión* similar a la que pensó Ferenczi en relación al *análisis mutuo*...

¹⁹ La transversalidad es un concepto que Felix Guatari desarrolla como una noción clave que atraviesa el grupo y sus vínculos con la institución. Véase *Psicoanálisis y transversalidad*, Siglo XXI, México, 1976.

supo contestar pues estaba envuelta en lágrimas. Tres o cuatro integrantes del grupo nos decían que desde el primer día, bajo la conducción de Rolando, lloraba. Otro integrante la fustigaba por su comportamiento. En la tarde se trabajó el problema de la latencia, del secreto, de lo que el grupo calla, de lo innombrable. Preguntas sobre el emergente, sobre el analizador y sobre el lugar de la coordinación en el grupo. Sabíamos que por lo menos tres integrantes del grupo tenían conocimiento de la enfermedad de uno de sus maestros, pero pensaban que había que callarlo, por respeto a él y a sus cuestiones íntimas, se estaba hablando de la muerte. La necesidad de sacar este tema fuera de la reunión era muy importante. Aunque la información al margen del grupo o la construcción social de la realidad que penetra al grupo, se encuentra pautada fuertemente por la evasión de la idea de muerte.

Abro la situación por la que está pasando Rolando, me conmuevo y difícilmente detengo el llanto. Planteo que una de las cuestiones más analizadoras de los grupos son sus secretos, lo que intentan ocultar. Fenómeno que se inscribe en el imaginario del *no saber de los grupos sobre sí mismos*. Mi planteamiento intenta hacer evidente el vínculo entre la latencia grupal y la manera en que se trata de evadir la realidad. La intervención propone pensar la situación grupal, como una pedagogía que tiene que darle cabida —en la formación de coordinadores de grupo— a la cuestión de la muerte. Momento sumamente analizador de las vidas en común, de los acontecimientos compartidos en el mundo laboral, del sentido y del sin-sentido de la labor educativa. Lo que entre otras cosas, nos llevaba a trabajar sobre la acción simbólica de la muerte que recorre la estructura institucional en su organigrama y en su jerarquía. Ante esto, un integrante del grupo nos dice que él no quiere hablar de la muerte como una tarea grupal, ya que perdió a un hijo hace dos años y no lloró, por lo cual le parece una pérdida de tiempo el trabajo que se le dedique a trabajar la muerte como una latencia del grupo. Le digo que si está dispuesto a hablar de la muerte y me dice que no, propongo hacer un corte para la comida y retomar esta cuestión en la tarde.

A la salida, el compañero anterior me intercepta diciendo, ¿oye, por qué cortaste así de abruptamente? Me estás reprimiendo. Le respondí preguntándole sobre si se iba a quedar para la reunión de la tarde, me contestó que por supuesto. Nos vemos en la tarde.

Veo a Rolando y a Lore. Ya se siente mejor. Quería regresar a México, pero ante su mejoría decide quedarse. Nos proponemos hacer que el grupo tenga una experiencia sociodramática, después de discurrir a lo largo de una intensa discusión, nos ponemos de acuerdo, quedamos en trabajar con ellos un ejercicio que nombramos *Alicia al otro lado del espejo*.²⁰

EN LA TARDE

Ponemos un espejo de cuerpo completo en el centro del grupo, en una estancia exterior del salón muy bonita. Un árbol maravilloso nos refrescaba con su sombra, alteraba la luz. La atmósfera de la reunión era propicia. Las mujeres pasaban al espejo y no les gustaba lo que veían, lloraban desilusionadas, pero pasaban otras mujeres casi con el mismo resultado. Los varones tal vez eran más patéticos, pues estaban paralizados. Sólo el compañero que el día anterior que se negó a hablar de la muerte pasó al frente del espejo y no paró de llorar en dos días. Al grado que realmente nos causó preocupación. Alrededor, la gente se consolaba, abrazaba a Rolando, le deseaban que se curara, le contaban anécdotas, se familiarizaban con él. Nuestro compañero seguía triste. Le pedimos al grupo que lo acompañaran y que no lo dejaran solo. Él se fue a su casa, agradeció la atención prestada y se fue a dormir.

Nosotros estábamos conmovidos. Pensar en la noción de distancia óptima nos parecía una ironía. El movimiento de personas que se abrazaban entre sí, los intercambios de fuerza y debilidad, y la red afectiva que se desplegó en esos momentos fue muy interesante. Al parecer, en el imaginario social, es el ritual de evacuación de la muerte un *comunitas* que restablece el orden simbólico, que intenta sanear el vínculo colectivo.

²⁰ El dispositivo de trabajo lo llamamos así porque intenta hacer que los participantes se asomen a la profundidad de una superficie plana que es un espejo de cuerpo completo, lo que recorta el tiempo del sí mismo en una imagen. Lo que se proyecta es todo un misterio. El ejercicio consiste en pedir que voluntariamente los miembros del grupo que así lo deseen pasen enfrente del espejo, se miren y le digan a todos los integrantes qué es lo que el espejo les devuelve. Lore trabaja la parte que tiene que ver con el enfrentamiento de uno mismo con su imagen. Mi papel era estar detrás del espejo mirando a los participantes como ellos se veían a sí mismos. A su vez, todos los demás se observan entre ellos y nos miran. Existe un intercambio de miradas múltiple y un clima tenso.

MARTES

Casi todos llegamos temprano a la cita. Lo primero que notamos es que la mujer del grupo que mencionamos el primer día, la cual se la pasaba llorando, dejó de llorar súbitamente y se la pasó riendo. Los compañeros llegaron a la reunión relajados y cansados. Las reminiscencias del día anterior me llegaban como ráfagas. Así me vi en un momento abrazando a un gordito que estaba por perder a su hermana por una enfermedad incurable y no había podido ir, hasta ese momento, a despedirse de ella. Nos platicó cómo, saliendo de la reunión del día anterior, fue al hospital a hablar con su hermana, cosa que para él fue muy importante.

Las participaciones giraban en torno a la enfermedad de Rolando, en lo que cada quien podía pensar de todas sus muertes. Le toca el turno al participante de ayer que no quería hablar de la muerte. Nos comenta que ayer soñó a su hijo y que durante el sueño se pudo despedir de él. Que vio muy bien a su hijo en el sueño y no estaba triste. Le dijo que ya se tranquilizara. Rolando habló de su experiencia durante los trabajos que llevamos a cabo desde el domingo en la tarde. Después de la ceremonia de clausura del curso nos fuimos al hotel, empacamos y nos regresamos a México.

Reflexiones finales

El dispositivo de intervención se llevó a cabo en tres momentos diferentes de un proceso que, desde que se nos hicieron llegar las tres demandas, lo pensamos como una sola etnografía del estado en Durango, por lo menos en tres grupos que nos dibujaba varias texturas, dimensiones e intensidades pero de manera continua, intensa y diferenciada. La topografía del primer momento en la sierra Tepehuana, con sus pliegues, sus interrupciones abruptas de terreno con los maestros rurales, sus formas de acción en las comunidades aisladas y las contradicciones a las que se enfrentan fue fuertemente significativa.

La relación entre las dificultades de acceso al terreno para que los maestros realicen su labor y sus resistencias colectivas a la institución son muy significativas por la poca sensibilidad que muestra la SEP con respecto a los obstáculos que tienen que enfrentar los educadores de la sierra para la realización de su labor educativa.

La intervención en este primer momento se refiere a la posibilidad de expresión de demandas, lo que se pudo realizar por el enfrentamiento entre subgrupos de poder, en un reacomodo político ante las nuevas autoridades. Las pugnas, descalificaciones y reorganización de los equipos de trabajo se hizo visible. Se desencadenó cierto orden discursivo que interpelaba a la violencia. En el transfondo de la reunión, al parecer, quedaban pendientes la discusión sobre sus prácticas profesionales y su idea de educación en la región. Pero al menos se pudo plantear la necesidad de transformación del rumbo que hasta ahora había impuesto la SEP. Se formalizó para otra fecha cercana otro encuentro con el grupo de maestros rurales de la sierra.

El grupo de educadoras de preescolar

Por su parte, el grupo de maestras educadoras nos proponía entre otras cosas la necesidad de hablar y tratar de comprender el clima de violencia a menores que permanentemente significaba su trabajo con los niños. Pareciera como si las maestras urgentemente necesitaran de personas que vinieran de fuera del estado de Durango, como especialistas externos, para plantear todos los miedos, temores y confusiones que les generaba el clima de violencia intrafamiliar que se proyectaba sobre el jardín de niños. Sin menosprecio de las propias "grillas" internas de la educación preescolar. La reunión tuvo un valor importante en lo que se refiere a las maestras que nos invitaron a trabajar una mañana sobre esto.

El analizador aquí pudo haber sido, entre otras cosas, la intimidad de la educación infantil en la familia del Estado, con niños violentados y hostigados sexualmente por los parientes directos de éstos. La movilización de las maestras ante esta situación es constante, por lo que hace más interesante y difícil su tarea educativa de contención y resimbolización de estas problemáticas a las que se enfrentan cotidianamente. Esta entrevista con las compañeras nos puso al descubierto la importancia de la formación de estas maestras y de la escucha permanente que necesitan para sensibilizar a la población con lo que ellas detectan de los niños que educan .

La intervención en la Universidad Angloamericana

La latencia fue la muerte, con las vertientes que se entrecruzaron. El personaje entrelíneas era Rolando con su diagnóstico de cáncer, en su proceso quimioterapéutico, en su orfandad cobijada por todo el grupo. La muerte como un vector fulminante y por lo tanto irreversible que nos conmovía a todos. La muerte que transmite su pedagogía como una conmoción que sacude al sujeto, pero que a su vez lo enfrenta con la conciencia de finitud. Latigazo que carga de sentido la necesidad de vida para que la podamos donar a manos llenas. La noción de grupalidad trabaja desde su diversidad el sentido de muerte, por lo que recorre el fundamento del intercambio grupal.²¹ Con todos los riesgos que esta frase puede acarrear en el *ethos* grupal. Pero lo que al parecer se pudo hacer inteligible, es la necesidad del vínculo colectivo como resignificación de la solidaridad humana, que se proyecta en el ámbito educativo como un proyecto de trabajo en común que genera *negatricidad*²² institucional. Es decir la muerte como el acontecimiento compartido por todos, desde las experiencias singulares.

Esta parte final de la intervención que se inició en la sierra con el grupo de profesores rurales, terminaba con una convergencia de procesos públicos y privados, colectivos e íntimos, que nos posibilitaba una lectura de la complejidad de las coordenadas de tiempo y espacio que habían privado en cada una de las encomiendas que se nos asignaron. Lo más emocionante fue la forma en que se nos presenta la dificultad, el conflicto, la imposibilidad de acción para imaginar otra forma de vida. Pero a algunos meses de distancia sigue la sensación intensa de estar en el grupo que trabaja y que reconoce sus contradicciones y alcances.

²¹ El fundamento es un problema histórico y muy duro de pensar en sus consecuencias, pero pensar el fundamento como soporte nos conduce al riesgo del fundamentalismo tanto en su versión norteamericana, como islámica.

²² La *negatricidad* es un concepto acuñado por Jacques Ardoino, y que expresa la capacidad de un sujeto de oponerse, desarmar las estrategias del contrincante y elaborar sus propias contraestrategias. Ardoino lo utiliza específicamente en la relación de conocimiento. Así, los objetos de las ciencias sociales, tienen como característica su negatricidad, es decir, su capacidad de desarmar las estrategias (métodos) de conocimiento del "sujeto", y de elaborar sus propias estrategias de conocimiento del sujeto cognoscente.

El grupo y la muerte

Si bien podemos distinguir diferentes analizadores que otorgan sentido a las situaciones singulares, no podemos dejar de mencionar el eje analítico de *la muerte* como organizador (¿desorganizador?) de la experiencia.

Efectivamente, en la intervención en la Sierra, en la SEP con sus maestros rurales, fuimos testigos de un ritual mortífero, de una masacre. El colectivo se levantó contra ese grupo que les generaba *terror*, que les daba miedo, que permanentemente descalificaba cualquier posibilidad de existencia. La masacre imaginaria de esa *fraternidad terror* nos mostraba, en la carne doliente de los *chivos expiatorios*, que *no existe víctima inocente*. Esta ritualización era, a su vez, la definición, una definición cultural, de la forma de morir. Y es que la muerte nunca es la misma. Nadie sabe cómo es, qué es ella. Pero sí sabemos que la muerte es siempre distinta, es siempre otra. *La muerte siempre pertenece a los vivos*.

La violencia con los niños, observada desde el lugar de las educadoras, nos remite también a ese enfrentamiento *extremo*. Pocos lugares tan ansiógenos, como el de la deontología del educador en estos casos. El sufrimiento de un niño por su contexto familiar, el niño objeto de la violencia y el maltrato de la familia nos remite también a la idea de la muerte. Máxime cuando ese maltrato se constituye desde el abuso sexual. El relato es el de esa pequeña y virulenta muerte interna, que corroe cualquier posibilidad de otorgamiento de sentido. O ¿se puede decir el incesto? Lugar del silencio de la víctima aterrada, de la familia cómplice, de la sociedad hipócrita. ¿Se construye desde allí el habla del educador? El silencio de esta forma de muerte lenta que es el abuso del menor, se contrasta con la enorme preocupación e imaginación en el habla de la educadora. Así como las sociedades, en su ritual funerario, festejan ruidosamente el silencio de la muerte.

Finalmente, la muerte es llorada en la tercera intervención, en la universidad privada. Allí nos cuestionamos directamente el sentido de la muerte, o de la vida, que quizás da lo mismo. El dolor de vientre de Lore, las lágrimas fermentadas de dos años por la muerte del hijo, la *llorona* que anuncia la muerte, y que después la exorciza en una carcajada histérica. La patética resistencia masculina, y la enorme decepción de la imagen que nos devuelve el espejo: ¡pobres mortales, al fin! Pero sobre todo la presencia de la muerte imaginada desde el peso terrible del diagnóstico. Mi maestro, mi compañe-

ro, mi alumno puede morir. Todos podemos morir, porque en el acto pedagógico siempre estamos asociados desde esas posiciones. Una *pedagogía de la muerte*. La posibilidad de una riquísima creación imaginaria ya no para exorcizar a la muerte y su presencia, sino *para poder vivir con la muerte tan cerca, pisándonos los talones y resoplando al oído*.